

ANA NADAL JOVÉ / LA LITERATURA QUE NACE. CONVERSACIÓN CON ANDRÉS TRAPIELLO



Cuando la revista *Ínsula* me ofreció la posibilidad de entrevistar a uno de mis escritores favoritos no dudé un instante. El siguiente paso fue un verano hojeando algunas de las páginas en mi opinión memorables —subrayadas a lápiz— de los libros que yo ya había leído; además de algunas otras lecturas nuevas de los libros que aún no había abierto. Tras esos meses dedicados activamente a la lectura, y algún que otro viaje, tuve el tiempo —importante este factor dada la extensa obra del autor— para dedicarme minuciosamente a encontrar las preguntas adecuadas para la entrevista *personal* que yo quería hacer al *personaje* pero también a la *persona*. Mi intención, desde el principio, fue «*ser distinto*» (y así se lo manifesté al autor) de cuantas entrevistas suyas y hasta el momento había yo leído.

A través de sus palabras transcritas para esta entrevista, nos regala otras nuevas, algunas más espontáneas, otras meditadas. Encontrará el lector en estas páginas un destilado de una extensa charla con el poeta, el ensayista, el novelista, pero también

con la persona Andrés Trapiello. Hablamos del gesto, de la palabra, de la literatura, de la vida.

Y así se nos fue la luz de la tarde de octubre en que fue realizada esta entrevista, y nos dejó con estas, sus palabras, llenas de pensamiento.

La postura, la máscara...

Decía Nietzsche que «Todo lo verdadero ama a la máscara». La máscara nos protege, no solamente del exterior, sino de nosotros mismos. Nosotros necesitamos, a veces, sin querer, componer la figura. No siempre por hipocresía, a menudo para sobrevivir. La vida de toda persona es aprender a convivir con la máscara, pero también sin ella. Llega un momento en que ya no sabes bien qué es una cosa o la otra y tienes que hacer verdaderas las dos. Es decir, la máscara y la no máscara, y eso solo se consigue acaso con cierta naturalidad. La virtud suprema. Todos admiramos de los demás sobre todo que no haya impostura, mentira, fingimiento. A eso aspiramos la mayoría, a aprender a ser naturales. La naturalidad es lo más difícil de aprender, porque sobrevivir siendo natural no es fácil, y has de aprender a protegerte sin temor, pero también sin afectación. «Toda afectación es mala», dice Cervantes, el maestro de la naturalidad y el as de los infortunados. Mi vida es una vida sin demasiada promiscuidad, sin demasiados «roces» con el exterior. No obedezco a un jefe, tengo una razonable pero creciente y saludable fobia social, no soy un profesor universitario, etc. Paso la mayor parte de mi vida solo. Si estás solo, lo normal es que no vivas pendiente de las normas sociales que a otras personas acaso les limitan, gentes que no pueden quitarse la máscara tan a menudo como quisieran. Llega un momento en que ya eres mayor y te da un poco igual. Lo más importante es poder llegar a saber quién eres. Creo que ese camino es más corto si estás solo. Cuando lo sabes, da igual con o sin máscara. Hay una frase de un amigo de Gaya que me gusta mucho: se puede llevar una corbata fea, pero sabiéndolo. Es decir, se puede llevar una máscara, pero debes saber que es una máscara. Solo así podrás quitártela si quieres.

El tiempo, literatura y familia...

Nadie debería sacrificar la familia por su obra. Ni la vida. La obra y la vida son la misma cosa. Y tiene uno que aprender a escribir y a

vivir sin renunciar a nada. Se puede hablar por teléfono y mascar chicle al mismo tiempo. Un escritor puede llevar si quiere un rancho y escribir novelas, hacer vino y escribir cuentos, incluso tener un esclavo (Horacio) y escribir poemas. No hay recetas para escribir. Cada época arrastra sus servidumbres, sus amos y sus esclavos. Las combinaciones son múltiples porque la vida es múltiple. Todos buscamos la felicidad. La felicidad está en la obra bien hecha, pero también en el querer hacerla bien, aunque no se logre. La obra lograda es la lograda y la que quiso serlo honestamente. Y eso vale para todo, para la obra y nuestra vida. La familia, la vida en pareja no debería ser un asunto voluntarista ni una convención o una costumbre, sino un sentimiento nacido que hay que cuidar, alimentar, cultivar. Yo no he elegido la obra por encima de la familia. Ni la familia por encima de la obra. Hacerlo todo lo mejor que pueda y sepa. ¿Me habría gustado que me hubieran becado desde pequeño o haber tenido rentas suficientes para no tener que ocuparme de otras cosas? ¿Habría sido mejor por ello? Puede. O peor. La fantasía que te ayuda a pensar lo futuro es buena, la que nos hace reescribir el pasado puede acabar envenenándote un poco. Algunos de los libros que más conforme me han dejado son libros de encargo. Si no hubiera tenido esos encargos, no hubiera hecho esos libros; *Las armas y las letras*, por ejemplo. Por supuesto, yo he aceptado los encargos. Trabajos alimenticios. Es bonito comer todos los días, si se puede. Y hacer de necesidad virtud, porque aceptado el encargo, he acabado sintiendo la necesidad intelectual y vital de escribir esos libros. Lo mejor que he podido, nunca para salir del paso. Cada cuartilla ha de ser como si fuese la última que vayas a escribir. Con la familia ocurre exactamente lo mismo. Hemos de hacer de cada minuto algo que pudiéramos volver a vivir, igual, dentro de mil años. Quisimos formar una familia. Los libros y los hijos crecieron juntos. Y unos y otros son un poco de nosotros cuatro, de mi mujer, de mis hijos, míos. Recuerdo que un día me quejaba a Carlos Pujol: mis hijos no me dejaban escribir. Y entonces él, que con cuatro hijos estaba escribiendo unos libros maravillosos, me dijo: «Tienes

A. NADAL JOVÉ /
LA LITERATURA
QUE NACE...

que escribir en cualquier parte, en cualquier circunstancia, favorable o adversa. Si no puedes, déjalo, porque no vas a poder encontrar nunca las circunstancias óptimas; no existen». Normalmente uno acaba escribiendo en una mesa contra una pared, en un cuarto más o menos angosto, con ruidos en todas partes y apremiado por el tiempo. Tenía razón Carlos Pujol. He procurado no quejarme mucho, por aquello de que la queja trae descrédito, también porque no me ha cansado trabajar, y porque me gustan los niños, de todas las maneras. Si Verlaine ha escrito toda su obra, que es asombrosa y silenciosa, en los cafés modernistas de París, ruidosos, con gente que entra y sale, con ruidos de tazas y demás, ¿no va a poder uno escribir en su casa con dos niños riéndose de sus cosas?

El tema, la vida...

Los escritores hablan de sí mismos porque realmente están urgidos por preguntas que no saben responder. En los que me gustan encuentro también agradecimiento y celebración de la vida como tal, con la conciencia de su brevedad, de querer apresarla, retener la fragilidad de algunos instantes preciosos y también la necesidad de aprender y comprender su diversidad, sus limitaciones, los errores, la enfermedad... Escribir es una manera de meditar sobre uno mismo, sobre los otros y sobre lo que nos resulta extraño y desconocido. Unas veces es una voz lírica la que narra y otras la gravedad de un vacío sin héroes. Pero quizá en nuestra época el sentido del humor es el mejor modo de sacar los demonios que todos llevamos dentro. El escritor habla en nombre propio y en el de muchos. Las respuestas que nos vamos dando, a medida que vamos creciendo, siempre nos dejan insatisfechos. Y por eso, tratamos de responderlas desde muy diferentes sitios con la esperanza de que en alguno de estos sitios la respuesta sea más clara, más honda, nos apacigüe, nos consuele y nos enseñe un poco más de lo que en realidad sabemos, que es poco. Yo veo que he escrito para revivir los momentos felices y para conjurar aquellos que temo. La mayor parte de la gente tiende a escribir sobre sí misma; unos indirectamente y otros a través de personajes de novela. En el caso del *Salón de pasos perdidos* salgo yo, claro, pero como un personaje del que en realidad se sabe poco. Y casi nunca soy yo. Hablo más de la intimidad de mis hijos y de mi mujer que de la mía propia. O de la intimidad de una ciudad, de una rosa, de un día en el Rastro. Claro que la de todos ellos es la mía. De mí procuro no contar mucho. Eso sí, el modo, el tamiz, el color de las cosas está hecho a través de mí. Escribir para que el punto de vista del escritor sea verosímil. Soy el que mira, pero realmente de lo que me gusta hablar es de los otros. Hace muchísimos años, cuando se presentaba el segundo tomo del *Salón*, me dijo uno que era editor, con esa desverguenza y esa mala leche tan española: «¿Y tú por qué has escrito el segundo tomo, si a ti no te pasa nunca nada?». Ni siquiera era amigo mío. Yo le dije: «Pues exactamente por eso. Como no me pasa nada, cuento la vida de gente como tú, y la gente se descojona de risa». Yo no soy el tema de mis libros, lo he dicho otras veces. Al contrario que en Montaigne, el tema de mi libro es, por suerte para todos, cualquier otro menos yo.

El estilo, naturalismo...

Todo el mundo quiere escribir de forma natural, salvo los estilistas. Esos van por otro lado. España es un país barroco. El barroco, decía Gaya,

es lo que sobra. Tiene algo de cartón piedra. El estilo cervantino en España es una excepción. Aquí ha gustado mucho el estilo quevedesco, el vallinclanesco, el celano, el benetino, los toros, las castañuelas y la Virgen, que decía Giménez Caballero. Para la naturalidad no hay recetas, pero sí dos sabios consejos. Uno de Cervantes, en *El amante liberal*: «lo que se sabe sentir se sabe decir». Esto no se aprende en un manual para escritores ni en escuelas de letras. Lo que se siente tiene que ver con lo que está vivo, con el mundo de lo orgánico, con lo que tiene fuerza propia en oposición al mundo de lo mecánico, de lo «perfecto». Lo perfecto, en arte y en la vida, está muerto. Lo completo es lo perfecto y lo imperfecto juntos. Cito a JR. Puedes aprender la mecánica de las cosas, su técnica, pero nadie te enseña a sentirlas ni a percibir las con intensidad. Puedes aprender a hacer el amor y mejorar el Kamasutra. Pero nadie te enseñará a enamorarte. Hay escuelas de letras, pero no hay escuelas de enamoramiento. Eso son cosas que va viviendo uno como puede, casi siempre a oscuras, o a ciegas. El escritor lleva en su mano un candil, como Diógenes. Al escritor, en realidad al poeta que todo escritor ha de llevar dentro de sí, le interesa poner un poco de luz en eso, mirar ahí. En el modo de contar lo hay, supongo, un margen mayor para el aprendizaje. Y ahí viene el consejo de Juan Ramón con esa intuición suya que no ha tenido nadie. Él decía: «Quien escribe como se habla irá más lejos y será más hablado, en lo porvenir, que quien escribe como se escribe». Eso tenía que ver con sus planteamientos nada elitistas. Tendemos al escribir, tal vez porque eso lo arrastramos desde la escuela, a escribir como creen los profesores, académicos, críticos y secretarios de ayuntamiento que se ha de escribir, y no como se habla. Pero en el habla es donde acostumbramos a quitarle la famosa máscara a los sentimientos. ¿Qué pensaríamos de una persona que se acercase a nosotros y empezara a hablarnos como Zutano o Mengano: «Empero, ayer vi a Fulano en la alameda, el cual me dijo»?

A veces se encuentra uno ante una frase complicada. Bien, se dice uno: ¿cómo «la contaría» cualquiera? ¿Cómo la hablaría yo? ¿Cómo se lo diría incluso a alguien que no lee libros? Tú me preguntas: ¿cuántas veces escribes una frase hasta que parezca natural? Te puedo decir cuántas veces escribo cualquiera de los tomos del *Spp*. Lo corrijo entre seis y ocho veces; a veces han sido tomos de 800 páginas, solamente con leerlo cuatro veces son 3.200 páginas. Bueno, pero eso da igual. Lo importante en todo caso es que las 800 se le hagan cortas a alguien, con sus tropiezos, repeticiones y demás... El tono. Casi todo está en el tono, me parece. Con el tono adecuado puede alguien contarnos lo que quiera. Ni demasiado alto, que te ponga de los nervios, ni demasiado bajo, que te duerma.

El lector, el dialogo platónico...

Soy muy mal respondedor de esta pregunta, no tengo mucho contacto con los lectores, por lo tanto no sé muy bien cómo es *mi* lector. Ni si hay uno específico. A veces se acerca alguien que te dice con la mejor voluntad: «Mis escritores preferidos eres tú y Javier Marías», por ejemplo, y te quedas preocupado. En fin, sí, conozco a algunos que leen mis libros, los encuentro un poco como yo, gentes un poco escépticas que no renuncian a comprender las cosas más extrañas y de buscar lugares en los que respirar algo de aire libre. Los lectores se parecen un poco al escritor que leen: los lectores de Baroja que he conocido se parecían bastante a Baroja, el primer barojiano era Baroja; los de Azorín, lo mismo, azorinianos; los de Juan Ramón, juanramonianos, y así con casi todos. Por eso me sorprende siempre lo de los cervantistas.

Por lo general, no se habrán visto gentes menos cervantinas que ellos. Es una cosa rara. En el mejor de los casos, se parecen algo a don Quijote, por la locura esa que llevan con los libros y papelotes. La mayor parte se han vuelto locos con el *Quijote*, como don Quijote se volvió loco con los libros de caballería. Sigamos. Creo que el lector es el que completa de algún modo aquello que tú has escrito. Pero tú no vas a

poder tener nunca un lector si no le hablas como te hablarías a ti mismo. Uno trata de hablarse sin autoengaño, sin engolar la voz. Hay un aforismo de Pascal «le Moi est haïssable» (El yo es odioso), que tiene que ver con una advertencia evangélica: Quien ama su vida la perderá. Si tú estás demasiado ocupado en ti mismo, llega un momento en que te vas a perder porque lo más significativo no está propiamente en ti, está en el otro. Paradójicamente el «conócete a ti mismo» delfico se cumple con los otros. El escritor o es otro, o está perdido. En ese lector que tú desdoblas. Sospecho cómo pueden ser los lectores de lo que yo escribo, y les hablo a ellos como me gustaría que me hablaran a mí. Sin levantar la voz ni apagarla del todo. Siempre me ha parecido que las verdades que se gritan por una megafonía pierden ya la mitad de la verdad. Lo que se grita, lo altisonante, pierde mucha verdad en el camino. La verdad es siempre sentida. La poesía de veras es la vivida. En ese sentido, yo creo que la literatura, cuanto más íntima sea, menos gritada será. Por eso no voy al teatro. No voy porque entre otras cosas no acabo de captar el principio de verosimilitud. Cuando uno va a una obra con actores de la vieja escuela que se pasan la función gritando, y tú estás en una buena fila, cerca del escenario, porque suelo ir invitado, siempre me entran ganas de levantarme y decirles: «¿Por qué gritan? Yo les oigo perfectamente». En la escena hay un sofá y en el

sofá dos actores, uno al lado del otro. Entonces, uno grita: «¿CÓMO ESTÁS?». Parece que dijera: ¡HOMBRE AL AGUA! Y el otro le responde también a voces: «MUY BIEN». Eso es lo que tiene que evitar la literatura. La mala literatura está llena de este tipo de frases. Hay muchos lectores partidarios de la literatura mala, como muchos partidarios del teatro malo. Claro que eso es porque también hay lectores a los que si no se les grita no te escuchan. Yo veo a muchos lectores malos a los que les gusta que se les hable en ese tono, un poco retórico, declamatorio, torneado, porque piensan que es así cómo se tiene que hacer literatura. En cambio desdennan el tono natural de lo hablado porque piensan que está al alcance de cualquiera y que la literatura tiene que ser eso que no está al alcance más que de los grandes hombres, de los hombres de letras. Y claro, el saber apreciar el tono apropiado no tiene nada que ver con el elitismo. La literatura nació con el diálogo, en los coloquios de Platón. Están vivísimos aún. La literatura

podrá estar en crisis, lo está cada veinte años, pero mientras la gente hable, habrá literatura, porque con todo, es paradójico pero hay cosas que solo salen de nosotros por escrito. De hecho, yo no sé lo que puedo valer escribiendo, pero sé que hablando, sobre todo si es de mí mismo, me aburro soberanamente y por eso no me gustan nada las entrevistas. Temo que esto se note ahora en esta. Me gusta mucho lo

que decía Stendhal: «Cuando miento me aburro». ¿Pero cómo vamos a decir la verdad en una entrevista? Pero ¿para qué hacerla, si vamos a mentir? Y así.

FINAL DEL VERANO

Hubo primero extremos movimientos de tropas en el cielo.
Legiones apretadas de vencejos y ansiosas golondrinas parecían, entre gritos de júbilo, estar preparando su anábasis.
De ayer a hoy el aire se vació de vuelos. Qué extraña su partida. El silencio que han dejado cubre los negros árboles y montes como cubren de sábanas los muebles, fantasmales y blancas, de un palacio.
Incluso se diría que los últimos en partir se olvidaron de cerrar la puerta de los campos, y ruedan por el suelo, como papeles rotos en un final de fiesta, desoladas hojas secas y abrojos.
Siguen sin cosechar algunas uvas maduras en la parra y el perfume opulento del nardo se pierde entre las zarzas. Lo llamamos otoño. Alguien aquí tenía que quedarse y rendir cuentas de momentos tan frágiles, alguien también que cuando llegue el día de salir al encuentro del invierno y rendirle la plaza de la vida, le diga con voz firme:
«Nada de cuanto vengas a llevarte es en verdad valioso; la alegría la dimos a los pájaros, y está a salvo».

La poesía...

Me siento poeta, dicho con la mayor modestia, un poeta que escribe además otras cosas. Creo en la poesía. La poesía es aquello que nos ayuda a conocer el mundo de una manera íntima. La esencia del mundo, dando por hecho que sabemos qué es eso, es la intimidad. La poesía viene a ser una revelación, algo que te permite conocer de golpe las cosas. Hay una inmediatez. La imagen clásica: un relámpago. Durante uno o dos segundos tienes una visión clara, entre dos negras nada. La poesía está en presente porque es justamente lo que retorna, lo que no se termina nunca. Como un relámpago perpetuo. Aquello que no tiene poesía, está condenado a envejecer mal; se acartonan y se fosilizan pronto. La poesía tiene algo siempre irrigado por sí mismo que nos emociona. Poetas del pasado, por ejemplo, no son pasados, son presentes. El poeta no necesita sentirse actual, el poeta ya *es* actual. La poesía de la experiencia, del silencio, románticos, clasicistas... son trajes; hay trajes que tapan más la naturaleza del poeta y no nos permiten ver. A veces son disfraces demasiado arriesgados, vistosos, de época... Pero el poeta

puro trata de desnudarse cuanto puede. Incluso fingiendo se desnuda. El poeta es de todos los tiempos. Lo decía Machado: palabra en el tiempo. Habla para cada persona. Y no importa su lengua, su traje, su época. Leopardi es modernísimo, pero sus estrofas, sus rimas, sus hipébaton, su modo de escribir son los de un poeta casi latino con una retórica neoclásica. Hay otros poetas que de pronto intentan ser modernísimos, pero dentro de veinte o treinta años los encontraremos fosilizados. Mucha poesía vanguardista del siglo XX no se puede leer como ya no leemos a Quintana. Y no han pasado ni cien años. ¿Por qué unos son poetas y otros no lo son? Bueno, eso es un misterio, no es algo que se conquista ni se logra por ser uno más listo que los demás. Realmente, como poeta, siempre tienes la sensación de que lo valioso en ti te lo han prestado, que hay alguien o algo en ti que te lleva a eso casi de la mano. De ahí, esa sensación extraña que tengo ante determinados poemas que he escrito: si los encuentro bien, me

A. NADAL JOVÉ /
LA LITERATURA
QUE NACE...

 Poema inédito
de Andrés Trapiello.

**A. NADAL JOVÉ /
LA LITERATURA
QUE NACE...**

parecen de otro; en cambio, en los errores, en los fracasos y en las obras fallidas me reconozco inmediatamente. Es decir, lo bueno me parece de otros y de todos. En cambio, lo fallido solamente me parece mío. Eso es justamente porque la poesía es algo que se nos da. Lo más absurdo del mundo es un poeta vanidoso. Ser vanidoso por algo que te han prestado es muy triste. Lo maravilloso de la poesía es que siempre «se» te da. Te lo da la gente, te lo da la propia poesía, y lo que tiene uno que hacer es estar en una especie de atención extrema, enormemente tensado. Atento y aplicado. Como un niño. Ese es el poeta. Un niño bueno, aunque sea un maldito. Que es lo que casi siempre acaba siendo, un maldito, precisamente porque no ha dejado de ser un niño.



**Biblioteca
de Andrés Trapiello.**

La libertad...

Uno de los escritores que más admiro es Tolstoi. Es admirable todas las cosas que hizo: novelas monumentales, hijos, revoluciones, religiones, guerras, panfletos, jugaba al tenis, escribía miles de páginas de diarios paralelos... Desde Homero, hay unos cuantos; y uno de ellos, para mí, sin duda, es Tolstoi. Le admiro mucho además porque, a pesar de su celebridad, pudo hacer la obra que hizo. Tolstoi era enormemente célebre para su tiempo. Iban a verle desde todos los rincones del mundo, lo requerían, le importunaban, tenía muchísimos hijos, era conde, tenía siervos trabajando en sus campos... Tenía muchas cosas y, a pesar de todo, pudo hacer una obra gigantesca... y silenciosa. En Tolstoi todo va por dentro, esas monumentales escenas, esa magnificencia, todo eso, si te das cuenta parece que tiene el sonido apagado, solo lo oyes si tú mismo estás en silencio, en ti. Uno ni tiene el talento de Tolstoi ni su vigor, y a pesar de eso, a pesar de haber hecho mil cosas menos y mil veces peor, se siente uno abrumado como él. Por tanto, lo mejor es adecuar los medios que tenemos para hacer la obra que podemos hacer. Buscar la libertad para hacer lo que se quiere hacer. A mí me gustaría tener mayor grado de libertad: no tener que escribir tanto en los periódicos, o el oficio de charlista, y tener que hacer lecturas y presentaciones en público. Para mí cada vez es un suplicio mayor tener que hablar en público. No soy asocial, me considero una persona cordial, incluso simpática (o eso creo), pero lo de hablar a mucha gente cada vez me resulta más arduo. Me gustaría ser libre para no tener que subir a una palestra. Yo soy un escritor escrito, no hablado. Tengo que ir a algunos sitios, vivo de esto, pero me gustaría tener alguna soltura económica para no tener que hacerlo. Pero también me digo: «En medio de todo eres más libre que otros». Empecé escribiendo en periódicos, en revistas, publicando mis libros, un poco más o menos como ahora. Es verdad que

no siempre ha sido fácil. Nos dijeron: «Los escritores buenos son estos; hay escritores buenos y malos; en España hay dos Españas, la izquierda es lo mejor y la derecha lo peor; si no eres de la ortodoxia de izquierdas, no puedes ser un escritor como Dios manda...». Y, bueno, entonces dices: habrá que replantearse algunas cosas y no repetir estereotipos. Vamos a revisar todo eso. Y veremos. Y en eso deberíamos estar siempre, reformulando, revisando, corrigiendo, empezando por uno mismo.

Las armas y las letras, el ensayo...

Un ensayo es el terreno de los matices, y tenemos la obligación de estudiar *las sombras* del relato, a menudo tan elocuentes como las luces. Hay que estudiar las sombras una por una, porque son sombras confusas.

El ensayo ayuda a indagar, a investigar y a preguntarnos qué ha ocurrido, qué posición tenemos frente a esos hechos que a veces nos llegan tergiversados, y en el momento de intentar responder a estas cuestiones el tono es muy importante. Debe ser un tono próximo, con una disposición para el diálogo. Yo no pretendo estar en posesión de la verdad. La verdad la hacemos entre todos. Ese es el ensayo que a mí siempre me ha gustado; porque es el ensayo que piensa y te hace pensar, está abierto, no está cerrado.

Las armas y las letras es un libro que he seguido escribiendo desde hace veinte años. Y sigue siendo un *work-in-progress*. He matizado cosas, algunas las he podido corregir y otras las he podido ampliar. No es fácil pensar desde un ángulo diferente y salir del paradigma de la dicotomía. Lo nuevo en literatura siempre llama la atención. Da la impresión de que las obras que tienen más éxito son las que están hechas con patrones viejos, porque a la gente *esa música* le suena más. Al público menos cultivado, como a los niños, no le gusta que le cambien el relato del cuento. En el ensayo, en las ideas y en la literatura en general, el lector más convencional tiene una cierta inercia a seguir escuchando lo que ha estado oyendo tiempo atrás. Hay escritores que son muy *cucos* que dan a los lectores *aquello que quieren oír*. Pero cuando les cuentas algo, que no solo no quieren oír, sino que no están preparados para oír, la primera reacción es: «Eso que usted me va a contar es mentira!», como le decía en una discusión a uno Valle Inclán. Inmediatamente, tú les respondes: «A ver, serénate y vamos a leerlo. Cuando yo te digo que Sánchez Mazas, por ejemplo, es un buen escritor es porque me he leído su obra. No es deleznable como tú me has intentado decir porque fue falangista. ¿Que no es Proust? De acuerdo. ¿Y? O Azorín. Tú no lo has leído, lo que te pido es que lo leas y cuando se te pase un poco el ataque de nervios, volvemos a hablar...»

Las armas y las letras, más que atacado, fue dejado de lado; no por todos, claro, hubo gentes que lo leyeron entonces; pero la mayoría, sobre todo en la universidad, seguía en otra cosa, con cierta pereza intelectual; ahora la gente ha empezado a leerlo, también porque leer de aquella guerra duele menos. *Las armas y las letras*, a mi modo de ver, se lee ahora con otro talante que hace veinte años. Probablemente porque el ambiente ha cambiado y se acepta que los escritores que ganaron la Guerra Civil perdieron los manuales de literatura y, al revés: que a los que habían perdido la Guerra, por el hecho de perderla, se les dieron como regalo los manuales de literatura. Excepto escritores como Chaves Nogales que perdieron la guerra y también los manuales de literatura. Por otro lado, había otra ficción —en

parte vigente—: la idea de que los mejores intelectuales, poetas y escritores, estaban con la República. Esto, que era un dogma de fe, ya no lo es. En la última edición de *Las armas y las letras* me tomé la molestia de hacer algo que no tuve el valor de hacer en la primera edición; una lista de los que se *supone* eran los escritores de derechas y de izquierdas. Y ahí vemos que, en efecto, Lorca es un grandísimo escritor pero es que, ¿Ortega o Azorín son menos que Lorca? Antonio Machado sin duda es un gran poeta, pero ¿Baroja no es un gran novelista? Manuel Machado puede ser un poeta menor, pero como menor, ¿es menor que Alberti? La tercera cuestión —algo que costaba aceptar— es que la izquierda en masa no tenía ninguna responsabilidad en la Guerra, que por el hecho de haberla perdido quedaban eximidos de toda culpa de lo que podía haber ocurrido. Eso es enormemente injusto para aquellos que la perdieron, porque no todos fueron ejemplares, y en efecto Serrano Poncela no es lo mismo que Juan Ramón Jiménez («Yo no me he exilado para darle la mano a un asesino», dijo cuando le pidieron que saludase precisamente a Serrano Poncela). *Las armas y las letras* hace veinte años molestó más a cierta izquierda que a la derecha, me parece; la derecha había metabolizado el estigma de su victoria, el recuerdo de sus crímenes era algo indiscutible. En cambio la izquierda, o buena parte de ella, creyó que no había cometido ningún crimen porque ya nadie parecía interesado en hablar de ellos, y acaso porque pensaban que ya habían sido purgados por una posguerra eterna y criminal. Creo que hay que distinguir dos cosas. Guerra y posguerra. En la posguerra hubo miles de crímenes atroces, y sus responsables que no deberían haber disfrutado de impunidad. Pero esos crímenes atroces de la posguerra no pueden hacernos olvidar el horror de la guerra como tal y sus crímenes. Mi novela *Ayer no más* trata de eso, del mal, de la venganza y de la justicia, y de la complejidad de nociones como «memoria histórica», del recordar y del olvidar, y de que no hay víctimas de primera ni de segunda, por lo mismo que todos los verdugos son iguales en su condición de asesinos. Estuvieran en el Tabor de Regulares o en la Brigada Lincoln.

Clásicos del traje gris, Los vagamundos, JRJ...

Durante una época todo lo que tenía que ver con *lo español* se tenía por castizo y casposo. Se tendía a creer que todos los escritores «españoles» por el hecho de ser españoles, eran nacionales y por ser «nacionales», franquistas, salvo los que habían muerto en el exilio, o tipos extravagantes y divertidos y muy barrocos, como Valle Inclán.

Ayer Miriam me pasaba una frase de Kant, sobre la palabra sucesión, que es exactamente la idea de continuar aquello ejemplar en el sentido de recibir un legado. Te la copio, por si la quieres usar: «Sucesión, referida a un precedente, que no imitación, es la expresión exacta para todo influjo que los productos de un creador ejemplar pueden tener sobre otros, lo cual vale tanto como decir: beber en la misma fuente en que aquel mismo bebió y aprender de su predecesor solo el modo de comportarse en ello». Nosotros tenemos la obligación de conocer, conservar y cultivar los logros que hemos heredado. Tenemos la obligación de mirar hacia el pasado, mirar lo excepcional del pasado. Yo me eduqué en un colegio donde nos hacían leer a Unamuno, tenía a un profesor de literatura que lo había conocido personalmente, nos contaba cosas de él... y toda esa literatura que yo conocí de niño, era la literatura que me gustaba. Y Juan Ramón, que era un poeta que yo adoraba desde muy joven, bueno no tan joven: 25 años recién cumplidos. Yo venía de Bécquer y Machado, y JR fue EL descubrimiento. Quería escribir como él los libros puros que él escribió, editar como él, vivir con la rectitud que él vivía. Fue la encarnación no solo del poeta, sino la encarnación de la «persona» lo que me fascinó entonces y aún me fascina. Y, claro, el modo en que él encarnó la poesía en la vida y en su vida.

Y eso es lo que he tratado siempre de defender, al hablar de otros escritores, esos clásicos de traje gris, esos vagamundos, a veces gentes en absoluto transitadas o errantes: gratitud hacia ellos y circular su ejemplo.

A. NADAL JOVÉ /
LA LITERATURA
QUE NACE...

COMO UN NIÁGARA

Me traduzco en la nube solitaria;
en la piedra que a la mitad se rompe
y muestra en sus dos manos
el origen del mundo;
en la flor amarilla; en el jilguero
copiándole su impulso de flor nueva;
en el aire que arranca melodías
al silencio del árbol
y en todos los silencios suspensivos...
A todo me traduzco, a toda lengua
que se hable o se calle en la mañana
soleada y redonda.
¿No corro a un lado y otro de mí mismo
como el perro de caza el primer día
que lo sacan después de un largo invierno?
¿Acaso no se ve mi dicha entera
de traducido a agua, a fuego, a aire,
a la tierra que nutre toda vida?
¿Y qué me importa a mí
que sea intraducible la palabra
dolor, si la palabra amor rima con ella?
Gracias, jilguero, gracias, flor y nube,
gracias, piedra partida, y gracias, árbol,
y tú, perro, también, imagen solo,
por llevar desde ahora este momento
a todos los momentos sucesivos,
fin y principio unidos,
sin dejar de caer un solo instante
en la entraña del tiempo
como un Niágara.

La novela en marcha: *El salón de pasos perdidos...*

«Cada vez que despertamos a alguien por la mañana a la hora convenida la víspera con él, se diría que lo devolvemos a la infancia, pues se nos pone voz de padre o de madre, lo mismo que a quien ha de levantarse se le reincorpora en ese instante no a la mañana, si no a la pereza del niño que fue, cuando había de acudir al colegio semidormido». *Apenas Sensitivo* (pp. 159-160).

Tú lees ese fragmento, que obviamente yo no recordaba, y lo mejor que me puede suceder es decir: «esto que está dicho por no sé quién está bastante bien dicho, y es algo que también me atañe a mí». El primer compromiso con la literatura es con quien lo escribe, el autor. El autor debería reconocerse en lo que escribe, porque es el primer concernido por la literatura.

La literatura tiene que devolverle a la realidad algo que debería tener y no tiene, algo que le falta. Salvar la realidad quiere decir completarla porque la realidad es insuficiente y precisamente por eso no se puede caer en la idolatría de la realidad que es lo que hace el fas-

 Poema inédito
de Andrés Trapiello.

**A. NADAL JOVÉ /
LA LITERATURA
QUE NACE...**

cismo. Y desdoblarse la vida. Cuando ocurre esto la experiencia de la lectura tiene una temporalidad más extensa y duradera. Los escritores tratamos de hacer presente vivo a cada instante. *Escrito a cada instante*, de Leopoldo Panero, me gusta mucho como título por eso, porque nos dice también: vivido a cada instante.

Es verdad que el *Diario* es el género donde me siento más cómodo, allí cabe todo, el relato, el poema, el aforismo, la crónica, el desahogo sentimental, el fraseo, ¿el sintema, el contema dices? No he oído hablar de esto en la vida, pero si tú lo dices será así; y la ficción, ese diario por supuesto es una ficción... Y además, no es necesario poner días. A mí me parece —si yo lo puedo decir— que lo más recurrente del *Salón* es que es un libro que, efectivamente, se escribe como un diario y finalmente se publica como novela, no me preguntes cómo se ha cambiado el asunto. Los personajes, esas X que al principio ponían tan nerviosos a los comisarios de los géneros, le dan esa dimensión novelística. Conozco bastante diarios y quizá me impacienta de ellos el exceso de yo. Acabo hasta incómodo. Quizás aquí le ocurra al lector lo que a mí me gustaría que ocurriera: que no hay abuso del yo, y en cambio sí hay un personaje. Y eso es porque tiene que ver más con una novela. Tenía razón aquel editor cuando decía que a mí no me pasaba nada, por eso intento que les sucedan muchas cosas a los personajes. Creo que el protagonista del diario es el lector. Ya he dicho que lo que menos me gusta de hablar en público, es porque acaba uno diciendo cosas banales, y de hablar en privado, tener que hablar de mí mismo, como ahora... No tengo ni idea si estos libros van a pasar o no a la historia de la literatura. Ni tiene el menor sentido perder un minuto pensándolo. Vete a saber. Lo que es muy estimulante para seguir escribiendo es que exista un puñado de lectores que los esperan y los agradecen. Hoy. En alguna parte.

Galdós: *Fortunata y Jacinta*...

Toda obra que nos concierne de una forma muy directa tiene algo de clásica, de romántica, de neoclásica, de moderna. Esos trajes de los que hablaba antes, no dejan de ser eso, trajes. Hay romanticismo, por ejemplo, antes del romanticismo. Lees algunas *Novelas ejemplares* de Cervantes y son románticas y aun así faltan todavía 200 años para llegar al Romanticismo. Las obras como *Fortunata y Jacinta* son todo lo que han sido en el pasado y prefiguran lo que vaya a suceder dentro de 200 años. Si dentro de 200 años, pongamos por caso, hay un movimiento importantísimo al que vamos a llamar «Fusionismo», que no sabemos ni lo que es, encontrarán «Fusionismo» en Galdós. Y encontrarán también una especie de prefiguración de «Fusionismo» en Cervantes.

Fortunata y Jacinta está al lado de las mejores novelas del XIX. *Fortunata* no es superior al *Quijote*, pero tampoco es inferior. Y eso siendo tan diferentes. Galdós tiene ese don inigualable de crear ese tipo de personajes que sentimos vivos. Eso sí que es muy difícil. Que en dos brochazos nos cree al señorito Santa Cruz, a Fortunata, o a los 200 personajes que salen realmente, es un prodigio. No solamente están vivos, sino que repiten un modelo que se va a dar, que ya existía. «Fortunatas» conocemos todos muchísimas. Él sabe ver ese *continuum* de la vida, que son estereotipos y que él sintetiza y prefigura otra vez. Y lo más importante de todo, la vida está llena de Fortunatas, de carne y hueso, cuando un huevo duro en la escalera de cualquier casa, ahora, ahora mismo... Para ellas escribimos también, para comprenderlas y dar testimonio de su autenticidad.

Humor, paradoja, aforismo...

Algunos piensan que el humor es una falta de respeto a la vida, cuando es todo lo contrario. Piensan que es un pensamiento degradado o una debilidad. Creo que a Cervantes le costó tanto entronizarse en la historia de la literatura porque es un humorista. *El Quijote* se leía como un libro de humor. Salvando esta gran distancia, insalvable, a mí, personalmente, el mayor elogio que me pueden hacer es decirme: «He leído un libro tuyo y de pronto me he visto riéndome a carcajadas». Eso, a mí me gusta tanto o más que la crítica más elogiosa. Y es que creo que el humor te hace conocer lo que a veces por naturaleza el hombre, que tiende a lo sombrío, se queda sin ver. Es decir, el humor es algo así como el lado luminoso de la vida, en ocasiones es el único modo mejor de salvar lo insalvable, quizá porque ilumina zonas donde el pensamiento no llega. El humor suma siempre. Si está bien hecho. Si está mal hecho también resta mucho, claro.

Todos los grandes pensadores son paradójicos. La paradoja es un instrumento de conocimiento. El enfrentarse a las contradicciones, que atentan a la lógica nos hace cuestionarnos aquello que en origen es verdad. ¿Cómo es posible que libros que están escritos desde el dolor y el sufrimiento de alguien sirvan de consuelo y de guía a quien lo lee? Es decir, es una paradoja. El conocimiento de la paradoja es una especie de doble mirada que te sitúa en dos sitios al mismo tiempo. Hay gente que hace paradojas con trampa, pero lo que a mí me parece muy útil de la paradoja es que es como un calcetín, que es verdad que a veces da igual por qué lado te lo pongas porque no cambia mucho y te hace pensar más y ser más tolerante. Casi todos los aforistas acaban siendo paradójicos. Es un pensamiento como con zancas, que te evita muchos tránsitos enojosos, explicativos, reiterativos, que además restan. La paradoja vuela. El razonamiento, pedestre, o no pedestre, exige una mecánica y responde a la ley de la gravedad. En cambio la paradoja está en contra de la ley de la gravedad. Niega o por lo menos supera la complicación innecesaria de tantos engranajes mecánicos. El razonamiento es de infantería. La paradoja, de aviación.

El aforismo en el *Diario* lo uso cuando hay mucha narración y necesito interrumpir el ritmo, dar como pausas al lector, introduzco aforismos, digamos, un poco como *alka-seltzers*: para aligerar lo anterior. A mí me gusta mucho leer aforismos, me gusta mucho el género. El que me gusta a mí tiene que ser un aforismo que te sorprenda, que el lector se encuentre de pronto con algo que le suspende. No tiene nada que ver con el razonamiento, te levanta un poco como la paradoja y te deja con la impresión de una cierta ingravidez. Al mismo tiempo los aforismos buenos, que se te ocurren a ti, tienes la sensación de que ya se han dicho antes. Hace muchos años escribí un aforismo que luego he oído repetido y seguramente es de otro: «todos los relojes parados dan dos veces la hora exacta». Lo escribí yo, pero es imposible que no se le haya ocurrido antes a otros, porque un aforismo bueno se le ocurre a todo el mundo. Es como las fotos. Todo el mundo tiene una foto buena, pero no todo el mundo es fotógrafo. Hay otro que está datado y que yo dije: «Si Cervantes viviera, el primer premio Cervantes sería para Lope de Vega». Bien, luego lo he visto repetido en otras gentes atribuyéndolos a otros escritores. Bien está. Ya lo decían los Machado, las cosas para ser buenas tienen que poder acabar siendo anónimas, quiero decir, de todos. O sea, que en literatura todo acaba por donde empieza, y al revés.

A. N. J.— FILÓLOGA

Gracias a Luis Zarzuela por su hermosura, por su *tijera zamorana*.